

tarlas marcial corona en testimonio de su agradecimiento. El decreto disponiendo tal sacrificio se dió, y al móvil que lo dictara llamóle con excelente acuerdo la posteridad más remota desesperación focense. Salieron los desesperados al combate, y como, si vencidos, no les quedaba ya en el mundo lugar ninguno donde acogerse, ni sér que les curase las heridas y les ofreciese algún consuelo, pelearon á una con tal rabia, que consiguieron contra un enemigo muy superior indecible y gloriosísima victoria. Si las mujeres griegas brillaron así en los combates entre las familias de una misma raza y los hijos de una misma patria, inútil decir cómo brillarían cuando en los campos de Maratón y de Platea, en las aguas de Salamina, en los desfiladeros de las Termópilas, debían defender la Europa contra el Asia, la Grecia contra Media y Persia, la democracia contra la casta, la libertad contra el despotismo, la república contra la monarquía.

Los nombres de aquellos héroes que tomaron parte activa en los gloriosos encuentros han eclipsado y oscurecido otros nombres no menos gloriosos de mujeres influyentes en aquellos verdaderamente sublimes sucesos. Todo el mundo sabe de memoria y apellida con religiosidad, é invoca con frecuencia el nombre de Leonidas, muerto con trescientos espartanos en el desfiladero de las Termópilas, deteniendo los ejércitos del Asia. Pero nadie recuerda ni sabe acaso el nombre de su mujer, la reina Gorgo, que husmeó con arteras industrias la venida inminente del irruptor, y puso al pueblo espartano en pista donde había de hallarlo y comba-

tirlo. La firmeza de tal mujer explica el heroísmo de los lacedemonios. Al irse, los héroes por tal manera, estaban seguros de una muerte cierta y de un sacrificio inevitable, que celebraron en vida los ritos de los muertos, con arreglo á las tradiciones dejadas y á las liturgias transmitidas por los poemas religiosos del inmortal Homero. Y á su vez, la esposa reina comprendía con tal claridad el holocausto apercibido por los suyos y la sima donde se arrojaban á una en defensa del hogar y del pueblo, que pidió á su marido la comunicase la última voluntad, seguro de verla cumplida y observada fielmente. El severo espartano la respondió que, de morir él, le reemplazase con un hombre de bien capaz de darla hijos semejantes á su padre. Gorgo participaba de las virtudes múltiples que habían immortalizado á los lacedemonios y hécholes tan propios y aptos para la guerra. Como un día le dijera otra mujer que sólo en Esparta mandaban las mujeres á los hombres, respondió la esposa de Leonidas estas célebres palabras: «porque sólo nosotras sabemos ya parir hombres en el mundo.»

Si el recuerdo de la reina de Esparta se une con el recuerdo de las Termópilas, el recuerdo de otra mujer se une también á los ojos de la posteridad con el triunfo marítimo de Salamina. Cerca del monte Pelión se hallaban las flotas persas ancladas, guareciéndose contra una horrible tormenta. Si las amarras y los cables no se rompían, si las anclas no se levantaban, aquellas naves hubieranse preservado á la tempestad y servido luégo á la rota y á la opresión de los griegos. El buzo Escione y

su hija Ciane cortaron los lazos que unían las naves á tierra firme y las lanzaron así, para que se perdieran y acabarán en los remolinos de la tempestad. El Anficionado griego, esa hermosísima y grande Asamblea, feliz directora de los ilustres pueblos helenos, consagró en el templo de Delfos estatuas imperecederas á estos salvadores de la patria, y sobre todo á la mujer heroica. La gloria de Pericles hállase unida con la gloria inmortal de Aspasia. Ella daba la señal en el teatro de los aplausos consagrados á Esquilo y Sófocles; ella componía los discursos dichos en elogio de los muertos en Maratón los días solemnes de las grandes festividades patrióticas; ella conversaba con Sócrates, á la sombra de los plátanos orientales y á la melodía de los mares jonios, en el Pireo, sobre la existencia de Dios y la inmortalidad del alma; ella, lo mismo hablaba de matemáticas sublimes que de sublime y alta metafísica en aquel estadio reservado á todas las ideas que se llamaba el Ática, llena de armonías sin fin y de inspiraciones sin precedente.

No acabaríamos nunca de narrar todos los tipos hermosos de mujer dejados por la vieja Grecia. Mas como quiera que nuestra obra deba tener cuatro partes, y en la una entren las mujeres orientales y griegas más célebres; en la otra las mujeres pertenecientes á Roma y á la Edad Media, mientras en la tercera y en la cuarta, que completarán este trabajo, las mujeres pertenecientes á los tiempos modernos, aquí cerramos el prólogo indispensable á la iniciación de los primeros capítulos, que habrán de comprender esta larga y curiosa galería,

donde vamos á colgar los retratos de aquellas mujeres que más directo influjo han ejercido en la civilización universal. Creemos haber dado una idea clara de lo que debió ser la hembra, pues no merece otro nombre, allá en los tiempos prehistóricos, y creemos también haber seguido paso á paso el desenvolvimiento de su espíritu y la mejora de sus condiciones civiles y sociales desde las mesetas del centro asiático, donde la civilización antigua tiene su cuna, hasta las orillas del Mediterráneo y los archipiélagos y penínsulas de Grecia, donde tiene su florecimiento y su plenitud. Conociendo á ciencia cierta de qué orígenes tan humildes provenimos todos, comprenderemos cómo el tiempo ha creado por segunda vez á nuestra especie, y cómo la libertad ha ido poco á poco en largos siglos cinceland su cuerpo y extrayendo con felicidad verdadera de la triste animalidad antigua, donde se hallaba envilecida y subyugada por la fuerza y por la materia, el elemento divino, la centella espiritual depositada por el Criador en su seno para que levante sobre la naturaleza y sus fatalidades un templo espiritual á lo eternamente verdadero y bueno.

Resumamos cuanto hemos dicho en este prólogo. Al fijar mientes sobre los desarrollos históricos de un sér cualquiera, tanto individual como colectivo, ya viviendo en la naturaleza, ya viviendo en la sociedad, descúbrese con toda evidencia el fondo común y único de que todo emana y las leyes universales á que todos obedecen. Quien historia, por ejemplo, la mujer, historia la religión, historia el

arte, historia la política, historia todos los componentes y todas las fases de nuestra humana vida. Los estudios contemporáneos han mostrado una vez más cómo todo camina en el mundo y todos á una de lo imperfecto á lo perfecto. Las religiones han venido con sus esperanzas y con sus consuelos, con sus recuerdos y con sus presentimientos, á sugerirnos la idea de un paraíso ó de un edén puestos á nuestras espaldas y colocados como un ramillete de flores ó como un enjambre de mariposas sobre la cuna de nuestra humanidad. Nosotros jamás llevamos las irreverencias racionalistas al extremo de negar aquellos principios y aquellos dogmas que la religión ha promulgado y que resultan verdades creídas y amadas en la esfera propia de los sentimientos religiosos, en la intuitiva y serena fe. Pero á las ciencias históricas no les ha permitido el cielo comprobar esos edenés existentes en todas las teogonías y no encontrados en ningún testimonio fehaciente. Cuando nos asomamos al primitivo mar tempestuoso donde se hallan esbozados los indecisos gérmenes de nuestra especie, un terrible dolor nos asalta viendo la miseria de donde provenimos y experimentando cuánta confusión ha existido por los comienzos de la historia y de la vida entre las familias humanas y las especies irracionales.

Nuestra sabia liturgia nos presenta al niño Dios sobre su cuna de pajas, entre bueyes, mulas, carneros, y la liturgia histórica nos presenta el hombre primitivo sobre una tierra desgarrada por los estremecimientos del terremoto y en lucha con el mas-

todonte, y el paquidermo, y el oso de las cavernas, especies devastadoras y crueles.

Lo que no puede negarse cuando se profundiza la historia, es la existencia de un germen, el cual lleva en sí esbozados los rudimentos del sér, y en potencia las fuerzas necesarias al sucesivo desarrollo. Como el germen de toda religión se halla en el fetichismo, se halla el germen de toda sociedad en el primitivo ayuntamiento del hombre con la mujer, que apenas esboza el borrador informe de una institución tan rudimentaria y primitiva como lo es la familia, en quien se encuentran las humildes simientes de otras sociedades superiores. Aquellos cronistas que han buscado las raíces de nuestra especie humana en la historia, narradores de lo que podríamos denominar civilización primitiva, nos han dicho cómo en el origen de la vida las relaciones del hombre con la mujer se asemejan en todo á las relaciones en las especies inferiores entre la hembra y el macho. Aquellos combatientes con la naturaleza indómita y con las especies crueles preservábanse muy difícilmente de las innumerables asechanzas opuestas á su desarrollo, á su propagación, á su crecimiento, y caían, ó bien aplastados bajo las catástrofes del mundo material, ó bien destruídos por las ferocidades terribles y espantosas del mundo animal. Naturalmente, bajo tal furia de todo y de todos, los más débiles desaparecían á una con mayor facilidad y quedaban muertos sobre las entrañas de la naturaleza primitiva, desastrosa madrastra. Por tal razón y causa, indudablemente, cuando el hombre habitaba en compañía del mastodonte y

del oso de las cavernas, la poliandra estaba en uso, y la rareza de mujeres sobrevivientes á la crueldad universal hacía que una sola de éstas sirviese para muchos hombres.

De aquí, de tales humildes principios, proviene aquel desarrollo lento, pero seguro, de la familia, tal cual más tarde la veremos divinizada en los mitos varios y sublimes de India y Grecia. La cooptación del sexo bello en las apoteosis ó divinizaciones del sexo fuerte representadas por los antiguos dioses, prueba una vez más cuánto el respeto y el amor debido á las mujeres crece con la marcha del tiempo y la cultura del espíritu en las humanas sociedades. El principio de la continuidad histórica no se desmiente jamás en el desarrollo de las condiciones progresivas alcanzadas por la mujer, como no se desmiente jamás en el desarrollo de ningunas otras condiciones humanas. En el mundo superior de la historia, siquier la libertad sobre sus inmensos dominios impere, no marra la universal é incontrastable ley de la serie, como no marra tampoco en el mundo material é inferior, aunque reinen allí la fatalidad y la fuerza. Si falta en el desarrollo histórico algún término representante del dialéctico enlace siempre sistemático, débese, no á que la ley se haya desmentido, á que lo desconoce nuestra grande ignorancia. El principio de la continuidad histórica perfecciona y completa el principio de la solidaridad humana. Continuidad no quiere decir de ningún modo repetición de los mismos hechos en parajes y tiempos distintos; quiere decir su desarrollo en serie lógica y con sus conse-

cuencias inevitables. Si todo natural desarrollo supone un germen primero é indistinto, donde no hay diferencia, también supone un progresivo enriquecimiento de términos cada día mayor, y una expansión cada día más lata. Por consecuencia, dentro de la historia trazada, historia demostrativa del humano progreso, encontramos un lógico y natural encadenamiento de capitales hechos que mejoran y prosperan al sexo débil en sus condiciones fundamentales.

Como la esclavitud infligida por los vencedores al vencido supone un progreso manifiesto sobre su exterminio, usado en los antiguos tiempos y pueblos, la poligamia, no obstante ser una forma inferior é inmoral de la familia, supone sobre la poliandra un progreso. La muerte ó desaparición de las mujeres en las primitivas tribus carniceras quiere decir tan sólo que reina en aquel estado social una guerra de asolador exterminio, la cual no perdona en su crueldad á seres tan tiernos como hermosos. La poliandra representa el amor pasajero y fugaz, la satisfacción física de los instintos sexuales, una mera unión semejante á la existente allá en las especies inferiores, y que sólo responde á una suprema necesidad, á la necesidad ínfima de perpetuarlas y entenderlas. Historiadores de tiempos primitivos afirman, para demostrar la fugacidad apenas concebible de los amores prehistóricos, la ignorancia en ciertas tribus salvajes del beso. Todo esto demuestra cuán lento resulta el desarrollo de la humanidad, y cómo la poligamia, que hoy nos parece fundadamente, y con razón, cosa horri-

ble por extremo, fija un tanto la familia y supone un relativo progreso respecto de otros usos y hábitos sociales mucho más cercanos á la naturaleza y mucho más distantes de todo grande y fijo concepto moral.

Sin embargo, la poligamia indica un estado trisímico de servidumbre ó esclavitud en la mujer. Un harén equivale á una cárcel, y una sultana equivale á una sierva. Pero así como en los tiempos primitivos y de verdadero exterminio el número de hombres naturalmente supera, y en mucho, al número de mujeres, cuando la civilización se fija y á consecuencia de todo esto se mejoran y endulzan las costumbres, el número de mujeres en mucho supera también naturalmente al número de hombres. El patriarcado aparece como la fórmula de un regimen indispensable á las primitivas sociedades en su infancia. Las mujeres, débiles y tiernas de suyo, tendrán que buscar amparo y refugio en el hombre, y el hombre, ó sea el patriarca, tendrá que pedirles una entrega discrecional como tributo debido á su absoluta soberanía. Tal razón preside á esos inmensos imperios orientales de Asiria y Babilonia, donde la corte femenil suele componerse de numeroso ejército, sellado todo él con la marca indeleble de una irremisible servidumbre. Ya lo hemos visto en Caldea, y en Asiria, y en el mismo Egipto: un templo se come al palacio, un palacio se come al cuartel, un cuartel se come á la ciudad, y el sacerdocio que habita el templo, y la monarquía que habita el palacio, y la milicia que habita el cuartel, esta viviente trinidad de necesarias

entidades, levántase á una sobre las genmonias de los siervos y sobre los harenes de las mujeres.

Por eso nos parece tan digna de un saludo la grande aparición de nuestra gente, ó sea, de nuestra raza en el mundo. Cuando los arios bajan, como bajan los semitas, desde las mesetas centrales del Asia, por las orillas de los grandes ríos, al golfo Pérsico y al golfo Indio, llevan ya consigo el matrimonio, la monogamia, es decir, la forma verdadera y santa de la familia humana. Nunca se admirará, cual merece de suyo, el concepto de hogar que los arios tienen, y su enlace con el reconocimiento de que sobre la piedra encendida y sacrosanta de un hogar verdadero sólo debe alzarse una divinidad femenina, la esposa y madre, destinada en la religión y en las leyes á guardar y garantizar con la unidad espiritual de la familia todas sus indispensables y santas legitimidades. Lo mismo en las obras ó libros védicos de la India, que en los libros persas del Zendavesta, la familia está revestida por completo de la monogamia, y la monogamia les da y les asegura ese ministerio de libertad que nuestra raza ejerce desde sus tribus y dioses indios hasta sus mitologías y ciudades helenas en todo el mundo. Si el bahamanismo trae á las tribus, esclarecidas antes por los vedas, un retroceso que corrompe, cual todos los retrocesos, á la mujer; y si el contacto de los persas con las razas semíticas de Caldea ó Asiria les pega en algunas ocasiones los hábitos del harén, todos estos enflaquecimientos y todas estas decadencias circunstanciales no quitan á nuestra raza el inmarcesible honor de haber fun-

dado la monogamia sobre nuestro misérrimo planeta.

La prueba de cuán superiores condiciones ofrece á la mujer nuestra raza, encuéntrase de lleno en los ejemplos que nos da el pueblo hebreo. La superioridad indiscutible de su moral, cuyos mandamientos fundamentales rigen aún hoy nuestra vida, no empece á una organización de la familia, inferior, completamente inferior, á la que tuviera esta misma institución entre nuestros padres, los arios. Cualquiera diría que lleva el patriarcado aparejada consigo la poligamia, cuando la encontramos entre los viejos patriarcas, á quienes denomina santos nuestra misma liturgia. Ese Abraham, á cuya descendencia tantos bienes promete la elección divina, posee varias mujeres, entre quienes prefiere ó repudia, según caprichos dignos de un sultán, á cualquiera. Ese rey David, cuyos salmos de penitencia y arrepentimiento resuenan con sublimes cadencias bajo las bóvedas altísimas de nuestros magníficos templos, llora un crimen que no podrán lavar todas las aguas fluidas de montes ó nubes, la muerte dada cruelmente á un capitán de su guardia por arrancarle, con violencia y dolo, su mujer. El rey Salomón, á quien tantas y tan bellas porciones de la Biblia se atribuyen, aseméjase, por su harén y por su palacio, á cualquiera de aquellos déspotas asirios que tantas veces maldijeron los profetas. No puede, no, dudarse ni un momento, á la simple lectura de los libros históricos y religiosos, cuánto supera en dignidad la mujer helena, vista en las antiguas instituciones y en las antiguas artes, á esa

mujer hebrea, encerrada, para su desgracia, en verdaderos harenes.

La república, la libertad, la democracia surgen tales como podían aquellos tiempos consentirlas en el seno de Grecia. Y así como la forma del mundo asiático resulta en último término el patriarcado, la forma del mundo griego resulta en último término la ciudad. Y esta ciudad se compondrá de tribus fijas y cultas, como estas tribus ó gentes por su parte se compondrán de familias presididas por matrimonios monógamos. El hogar se confundirá con verdadero templo; la piedra donde la centelleante lumbre arde con ara de los altares, y la esposa con una verdadera sacerdotisa. Verdad, gran verdad que su religión antropomórfica no sube del suelo y no se cierne allá en lo infinito; las habitaciones de sus dioses apenas pasan de los altos montes; pero verdad también, gran verdad, que todas estas montañas se hallan como henchidas completamente de una divinización por todos consagrada en aquellos tiempos y en aquellos pueblos al ideal femenino. Las diosas comparten con los dioses las cumbres del Olimpo; las musas, desde su monte Parnaso, tan bello, sugieren á los mortales inspiraciones inmortales; uncen las Horas el caballo, que siembra los resplandores diurnos, al carro del sol; prevee, y presiente, y profetiza, desde su trono de Delfos, bajo su amplio solio de laureles, al ingreso de misteriosa caverna, la Pitonisa; en las olas del mar se descubre á la celeste nereida y en las ondas del arroyo á la canora ninfa; por Helena dos civilizaciones chocan; y en aquel teatro y en aquellos

poemas, no sabe uno qué admirar más, si los héroes del combate ó las heroínas del amor, pues al concluirse la civilización griega con todos sus prestigios, había ya realizado una grande apoteosis de la mujer, quien ya no podrá descender de su altar sin arrastrar consigo en ese retroceso á toda la humanidad.



